



para vivir. Bajo la presidencia de Valentin Conrart, calvinista que no tenía de sabio más que las pretensiones, reuníanse algunos para discutir sobre política y literatura. El receloso Richelieu pensó que podría poner aquellas polémicas bajo la protección, es decir, bajo la dependencia del gobierno, y aunque adivinando su intento, á ninguno agradó la proposición, ninguno se atrevió á desairarla. Y se fundó la Academia, y como todo lo demás, quedaron reducidas las letras á la disciplina monárquica. Se componía de cuarenta miembros, y para embarazarles más, dió cabida en ella á las grandes dignidades. La lengua fué su principal ocupación, y publicó el mejor diccionario que se conocía, y más de una vez aduló las pasiones del ministro, cuyos principios despóticos fueron apoyados por varios escritores. Ocupábase entonces Gabriel Naudé en escribir sus *Golpes de Estado*, en que santifica á lo Maquiavelo las iniquidades útiles, y dice que el fin justifica los medios: no dejó de tener esta moral algunos ingeniosos defensores; Balzac, en su libro *El príncipe*, defiende que el rey puede todo lo que quiere, y por tanto arrestar sólo por leves sospechas, en abierta contradicción con lo que los jesuitas sustentaban desde el púlpito.

También hubiera querido Richelieu someter la Iglesia á la monarquía, y se valió de opúsculos y manejos para deprimir la supremacía papal, hacerse nombrar legado en Francia, é incluir entre las atribuciones del gobierno la de nombrar prebendados y demás cargos eclesiásticos: y como más adelante diremos, no consistió en él que Francia no llegase á ser cismática.

Lo que hemos dicho de Richelieu nos dis-

pensa de hablar de Luis XIII, que murió poco después á los cuarenta y dos años de edad. Oscuro, melancólico, ni gustaba de los placeres de la grandeza, ni de las dulzuras de la vida privada: abandonaba sin pensar á sus amigos y á sus amadas: necesitaba ser dominado, y sin embargo, no se resignaba á la dominación. A pesar de las cábalas que contra Richelieu se urdían, y de la profunda antipatía que le inspiraba á él mismo, no pudo prescindir de él: nada hacía sin su consejo; el ministerio, para hacer grande á Francia en medio de tantos enemigos, cubría la nulidad del rey. En una corte tan depravada, la religión moderó en Luis la inclinación que hacía el bello sexo sentía; y puede decirse que sus amores eran de alma á alma; pues necesitaba tener una favorita que cuidase especialmente de su persona, así como un ministro que despachase los negocios por él. Por esta razón fué tan corto el reinado de la indiscreta Hautefort, como duradero el de la virtuosa y amable La Fayette. No amó á Ana de Austria; de modo que no se esperaba sucesión; pero cuando se advirtieron los primeros síntomas de embarazo, se multiplicaron las predicciones y entre otras aseguró un pastor que Santa Ana le había revelado que pariría el sábado 4 de Setiembre (1638). En efecto, aquella noche la reina se sintió acometida de los dolores, pero no parió hasta el 6, rodeada de reliquias y teniendo ceñido al cuerpo el cinturón de la Virgen. De este modo nació Luis XIV, único y enfermizo retoño de los Borbones, pero destinado á completar aquel edificio, cuya situación había sido indicada por Enrique IV, y cuyo terreno había sido tan implacablemente nivelado por Richelieu.

CAPÍTULO V

Regencia.—Mazarino.—La Fronda.

Luis XIII había creado un consejo de regencia, presidido por el príncipe de Condé; pero Ana de Austria, que entonces pareció recordar que era joven, bella y amable, para conseguir el poder que ambicionaba, hizo concebir distintas esperanzas á Condé y al duque de Prleans: manifestó deseos de tener por consejero en todo al Parlamento que Richelieu había echado por tierra, el cual al recuperar su autoridad hizo pedazos el testamento del difunto, y se erigió en tutor del rey, confiando la regencia á la viuda. Abiertas las dos hojas de la puerta de palacio, apareció Ana con el pequeño Luis de la mano, rodeada de nobles, que rodilla en tierra, le ofrecían homenaje.

Julio Mazarino, natural de Roma y de origen siciliano, discípulo de los jesuitas, capitán de las tropas del papa en el sitio de Valtellina, que lo mismo que esgrimía la espada en un duelo, manejaba un fusil en una batalla, no tardó en revelar su principal cualidad, el genio diplomático que le distinguía, y á los treinta años entendía ya en los intereses de los príncipes. Buscó su apoyo Richelieu para orillar los negocios de Francia en Italia, donde concluyó el tratado de Cherasco, adquiriendo á Pinerolo. De la carrera militar pasó á la eclesiástica, única con la que en Roma puede aspirarse á brillar, y fué nombrado vicedelegado en Aviñón, y poco después cardenal por recomendación del rey, que hizo que administrase el sacramento del bautismo al Delfín, inclu-

yéndole en el número de los que habían de componer el consejo de regencia, Ana, que lo miraba de reojo como hechura de Richelieu, llegó un momento en que le creyó necesario á su corazón y á su política, desconfiando de los nobles franceses que creía inclinados á recuperar la perdida autoridad. Hábil, disimulado, unia á una gran sagacidad, un gran conocimiento de las personas y de las cosas y cedia ante los hombres y ante las circunstancias, pero para emprender su obra en mejor ocasión: el desaliento le era desconocido; creía que los hombres podían labrar su fortuna con el talento y dominarla con el carácter; por esto, antes de confiar una empresa á cualquiera, preguntaba: «¿Esafortunado?» Tenía por divisa: «El tiempo es mío:» posponía á sus cálculos sus afectos ó antipatías; nada significaban para él las injurias, con tal que triunfase, y repetía: «Déjemosles decir, con tal que nos dejen hacer.»

Educado en la escuela de Richelieu, continuó la obra de abatir todo cuanto pudiera contrariar á la monarquía; pero su calidad de extranjero le obligó á sustituir al rigor el ardid y el artificio. A la muerte de Richelieu, tornaron á la corte los desterrados, sin otro mérito ni lazo que los uniera á ella más que la persecución; y enorgullecidos por las astutas caricias de la reina, se creyeron destinados á regenerar la sociedad, siendo así que sólo eran instrumento de la sagacidad y ludibrio de la sabiduría del privado, que los llamaba la «Cába-



la de los importantes.» Nulos para hacer bien, impedían, no obstante, que otros lo hiciesen, y se vanagloriaban de su poder, que iba en aumento, en tanto que Mazarino, en silencio, consolidaba el suyo, hasta que creyéndose suficientemente fuerte aprisionó y desterró á los jefes y declaró en dispersion á sus satélites.

Corrieron entónces para Francia cuatro años, que se consideran como su edad de oro, en que el país recogió los frutos sembrados por Richelieu, libre del yugo de su tiranía; la reina era jóven, bella y amable, el ministro expresivo, la nobleza suntuosa, y la literatura comenzaba á dar ópimos y abundantes frutos; hay más: todos los hombres de posicion estaban en la flor de su edad, y abundaban las mujeres hermosas. ¡Ilusion fugaz! Los franceses no simpatizaban con Mazarino, por su acento italiano, su parsimonia, que comparada con la suntuosidad de Richelieu se creia avaricia, y que sin embargo, no restauró la malparada hacienda. Ya en el reinado precedente la necesidad de introducir la corrupcion dentro y fuera la habia atrasado un tanto. Ana contribuyó á empeorar su estado en los primeros momentos con la concesion de gracias y de las más absurdas pretensiones, y no bastaba á Mazarino toda la habilidad para reponerla. Miguel Particelli, natural de Luca, señor de Emery y encargado de este ramo, decia que la buena fe se habia hecho para los mercaderes, y los superintendentes habian nacido para ser maldecidos; por lo que no le costaba cargo de conciencia la adopcion de ninguna medida; llegó hasta satisfacerse el quince por ciento á los que anticipaban el valor de las rentas, de modo que todos empleaban sus capitales en tan lucrativo negocio, y en tanto los guardias y los empleados subalternos cobraban á duras penas sus sueldos, y los ejércitos perdian las mejores oportunidades.

Un reglamento hecho por Enrique II, que prohibia edificar en los arrabales fuera de ciertos límites, habia caido en desuso, y Emery lo resucitó con el solo objeto de arbitrar recursos con las multas. Esto produjo un tumulto, que castigó imponiendo nuevos recargos y aumentando la tarifa de rentas; y gracias á que el

Parlamento obtuvo que se modificasen en parte estas medidas. De resultas de haber determinado el rey que se creasen nuevos cargos venales, el abogado general Omer Talon, respetabilísimo magistrado y uno de los hombres «de mejor juicio de su época,» que hasta entónces habia servido de moderador en el Parlamento, dijo: «Hace diez años que los campos están arruinados y los aldeanos se ven reducidos á dormir sobre paja, pues tienen que vender sus muebles para pagar los excesivos impuestos con que los afligen: para mantener el lujo de París millares de inocentes comen pan de centeno y de avena, sin esperar más consuelo que el que les puede proporcionar su propia flaqueza: á estos desgraciados no les queda ya más que su alma, porque no puede venderse en pública subasta. ¡Oh Señora! grabad en el fondo del corazon el cuadro que representa la miseria pública: considerad esta noche en la soledad de vuestro oratorio el dolor, la amargura y la consternacion en que deben hallarse los empleados del reino, que hoy pueden ver confiscada toda su hacienda sin haber cometido ningun delito; añadid á esto las calamidades de las provincias, en las cuales la esperanza de la paz, el honor adquirido en las batallas, la gloria ganada en conquistar nuevos países no sirven para alimentar á los que carecen de pan, y que tienen la desgracia de que no pueden contar como frutos ordinarios de la tierra los mirtos, las palmas y los laureles.»

Hermosas frases eran estas; ¿pero bastaba la voluntad del hombre para remediar aquellos males? Mazarino pensaba desunir el Parlamento de los otros tribunales supremos con eximirle del empréstito de cuatro años de paga que á estos se exigia; pero deseoso el Parlamento de reparar su pasada abyeccion con muestras de valor, dió un «decreto de union,» por el cual se unia á los otros tribunales como un solo cuerpo, y se hizo centro de todos los enemigos del cardenal: trataron en una junta sobre todo lo relativo al gobierno, y el vulgo que cree trabaja en provecho suyo todo el que hace la oposicion al gobierno, los saludó como á ángeles destinados á librarle de la tiranía de Mazarino.



Ya hemos visto en otra parte la formacion del Parlamento y el origen de sus pretensiones. En el tiempo de que hablamos formaba un solo cuerpo dividido en varias cámaras de distintos asuntos. La «grande,» que habia sustituido á la de los altos barones del tiempo de San Luis, se componia del presidente del Parlamento, nueve presidentes «de mortero,» llamados así por la forma de sus birretes; veinte consejeros legos y doce eclesiásticos; y se sentaban tambien en ella los príncipes, duques, pares del reino, el gran canciller ó guardasellos, los consejeros de Estado, cuatro relatores, el arzobispo de Paris y el bayle de Cluny. En ella se sentenciaban los delitos de lesa majestad y las causas de los pares de Francia, ó relativas á la Universidad, á la nobleza y á los grandes empleados de palacio. La cámara «de las informaciones» (*des enquêtes*) entendia de la apelacion en materias civiles y correccionales, y se hallaba dividida en cinco salas, cada una con dos presidentes y veinticinco consejeros, jóvenes en su mayor parte, intrigantes y promovedores é instrumentos de los partidos por envidia hácia la cámara superior. Correspondia conocer de las apelaciones en los procesos criminales á la alta cámara, que se llamaba así por hallarse constituida en una «torrecilla» del palacio. Dos cámaras «de las demandas» del palacio, compuestas cada una de tres presidentes y quince consejeros entendian en las causas que les remitia el rey por decreto particular. A la llamada «del edicto,» porque fué establecida para los edictos de pacificacion, correspondian las causas de los reformados. Durante las vacaciones desde el 9 de Setiembre hasta San Martin, despachaba los asuntos urgentes la cámara «de las vacaciones.»

Cuando tenian que registrar edictos reales, ó deliberar como cuerpo político, se unian todas. Se denunciaban los abusos de la administracion á puerta cerrada, en un discurso llamado «la reprimenda,» y que era pronunciado por uno de los abogados generales que defendian al ministerio público, y por el procurador general, que representaba al rey y vigilaba por la integridad de la disciplina. Algunas veces sucedia que, como la venalidad de los empleos no

podia ménos de producir una grande independencia, los encargados por el rey de presentar un edicto, mostraban todos sus inconvenientes, y luego concluian proponiendo se admitiese al registro.

El acto de registrar se habia convertido en una fiscalizacion legislativa; y tanto por esto cuanto porque la justicia le obligaba á cada paso á oponerse á los ministros y favoritos, el Parlamento trató de trasformarse de tribunal en representante de la nacion; y el pueblo le miraba como su salvaguardia. Pero los reyes, si bien consentian en tenerle en lugar de pequeños Estados generales, no podian tolerar que pusiese impedimentos á sus decretos; porque además de poder separar y desterrar á los presidentes y consejeros, podian llamar al Parlamento al rededor de su trono (*lit de justice*) donde con su autoridad real les mandaba que registrasen el edicto en cuestion: entónces no se daba lugar á protestas.

A esta resistencia dió demasiada importancia la escuela enciclopedista, que siendo por sistema enemiga de los eclesiásticos y de los nobles, y no conociendo lo que es el pueblo, se empeñaba en hallar en el Parlamento el origen y la tradicion de las franquicias á que aspiraba. El espíritu de corporacion es siempre un espíritu de independencia, y la administracion despótica fué imposible hasta que la revolucion aniquiló las corporaciones; pero esto no quiere decir que el Parlamento hiciese resistencia por favorecer al pueblo. El Comun tomó su fuerza de la union de los habitantes; la baronía, de las tierras; pero el Parlamento estaba formado de elementos demasiado heterogéneos, sin tener límites fijos, y su poder de resistir se reducía á registrar; por lo cual el canciller Maupeou le intimó que «el permiso para hacer advertencias á la autoridad, no lleva consigo el derecho de impugnarla.» Dos veces tuvo el Parlamento en su mano el poder público, en tiempo de la Liga y en el de la Fronda; pero en ninguna de ellas hizo nada duradero, ni mostró firmeza. Quería la resistencia sin la sedicion, como si en los momentos de efervescencia pudiesen ir separadas; era activo, pero nada resolvía; exaltaba los ánimos y luego se lamen-



taba de las consecuencias; así es que, digan lo que quieran, no produjo ninguna libertad, y murió sin dejar ningún recuerdo grato.

La oposición que los feudatarios habían hecho francamente durante la liga, se ocultaba entonces á la sombra de los Parlamentos, que creían dirigirla, y que eran dirigidos en la tarea de hacer frente á la regencia; presumiendo imitar al de Inglaterra, sin tener presente que toda su fuerza la recibían del rey, que los empleos no se obtenían por elección del pueblo, sino por compra, y que hacía tiempo que sus propietarios se habían sometido dócilmente á los caprichos de los reyes. Las personas que llevaban al Parlamento sana intención y pensamientos elevados, eran arrastradas por los violentos y por los jóvenes consejeros de las indagaciones, deseosos de revueltas, de prosperar ó de vengarse, con pretexto del bien público.

Los incitaba el abate Juan Pablo de Gondi, coadjutor del obispo de París, y después famoso con el nombre de cardenal de Retz. Era éste un joven cuya ambición no tenía límites, y principió, como Talleyrand en nuestros días, por burlarse de todo, arrastrando al pueblo con su elocuencia á seguir sus volubles y petulantés consejos; sus agradables cuanto impúdicas confesiones nos le presentan como un hombre irreligioso é inmoral. Se apasionó de los héroes homicidas de Roma, de tal modo, que escribió la conspiración de Fiesco aplaudiéndola; le gustaba que le llamasen el pequeño Catilina, y le imitaba dejando ver el cuchillo que llevaba en el bolsillo, como imitaba á César en lo de contraer deudas. Decía que se necesitaban menos cualidades para imperar sobre el universo que para capitanear una facción; á lo cual se preparaba, no con útiles fines, sino como un medio de enriquecerse, teniendo, como tenía, mucha penetración para ver lo que le convenía hacer ó evitar.

Con estas cualidades llegó á ser el alma del nuevo partido, el cual, habiendo tomado el nombre de *Fronda* de un entretenimiento de muchachos, adquirió grande incremento porque se hizo de moda. Se oponían á él los *Mazarinos* adictos al ministro; los *Mitigantes* estaban indecisos entre ambos partidos y procuraban apla-

carlos. El principal entre estos últimos era el primer presidente, Mateo Molé, que permanecía tan inmóvil en medio del choque de los hombres y de las ideas, como Retz era voluble. Molé, habiendo experimentado contra las arbitrariedades de Richelieu el poder de la palabra de un hombre honrado que no se inclina ante la injusticia coronada, tomó por norte en medio de aquellas tempestades un pensamiento nacional; por lo que protesta contra el rey, pero obedece; ve la justicia que asiste á la multitud pero no secunda sus arrebatos: del mismo modo que en tiempo de Richelieu había defendido los derechos de los súbditos, defendió en aquella ocasión al monarca en su menor edad combatiendo á todo el que intentaba turbar el bien público, pues como dice su antagonista «era un hombre íntegro que en todo quería el bien del Estado.»

Habiendo preguntado el rey si el Parlamento se creía con derecho para limitar la autoridad real, el Parlamento examinó á fondo la cuestión, y á pesar de reales órdenes, continuó buscando en la antigua monarquía temperamentos para la nueva, y gritó y reclamó y se resistió. Mientras el cañon anunciaba la victoria que el príncipe de Condé había conseguido en Lens sobre el archiduque Leopoldo, el gobierno, que suele tomar nuevos bríos en la prosperidad, mandó prender á los presidentes Blanc-Mesnil y Charton y al consejero Broussel, jefes de la oposición. Pero furioso el pueblo con aquellas prisiones, cambió en imprecaciones los himnos, interceptó las calles; «todos tomaron las armas; niños de cinco ó seis años se presentaban con un puñal y sus mismas madres se lo daban, levantándose más de doscientas barricadas en menos de dos horas» (RETZ). Molé, en unión del Parlamento, fué á pedir la libertad de los presos, y el pueblo, convencido de sus propias fuerzas, despreció á la señora Ana que salió de París con el rey y con Mazarino. El Parlamento, ayudado por los primeros señores de Francia, declaró separado al ministro como enemigo del rey; los frondistas tomaron las armas, y dando voluntariamente dinero, cuando ántes se habían sublevado por no darlo, llegaron á reunir 10.000.000, y los



gremios no quisieron ser ménos en aquella ocasión. Retz, que no pierde ocasión de alabarse en sus *Memorias*, y que hubiera creído que se le tuviese por autor de aquella insurrección, formó por sí mismo un regimiento, y se rompió la guerra de la Fronda; guerra de un nuevo género, en que todo era intriga, grandes nombres y pequeños efectos; y que fué una escena de extraordinaria languidez, después de la excesiva tirantez de Richelieu. La nobleza de las provincias, aunque abatida por éste, no había perdido por eso su carácter inclinado á la guerra y á las galanterías. Las comunicaciones que se habían ido extendiendo por todas partes, propagaban en Francia las ideas revolucionarias; y la constitución inglesa y los disturbios de Nápoles, y el haberse reconocido dos repúblicas en la paz de Westfalia ofrecían el pensamiento de romper la centralización, y se hablaba de república y de rancia monarquía.

Pero se obraba más con los manejos y las intrigas que con las armas; los menores sucesos de la corte, los escándalos, los artificios eran inmediatamente divulgados; las frívolas ambiciones formaban partidos que duraban lo que duraba una intriga; querían proporcionarse el placer de una guerra civil; y el interés ó el capricho hacían cambiar de bandera y de dirección.

Dos clases particulares dieron carácter á la Fronda, las mujeres y las personas de talento. Estas últimas habían adquirido importancia desde la época de la Liga, en que habían ejercido tanta influencia los escritos y los dichos agudos; pero en lugar de lo grande y de lo sólido que se hallaba en el fondo de aquéllos, aquí aparecían solamente ingenio é imaginación. Del mismo modo que los nobles con sus espadas, combatían con libelos y pasquines los literatos que no se habían puesto la librea del rey, y que eran buscados para justificar aquella causa y hacer prosélitos; así es, que como vivían entre los nobles, conocían sus maneras é imitaban sus sentimientos, formaron una nobleza de pluma al lado de la de espada y toga. La imprenta multiplicaba los aplausos y las quejas con extraordinaria violencia; y los Parlamentos y la corte pensaban al deliberar, en

lo que dirían el *Mercurio* y la *Gaceta de Francia* de Renaudot; si bien es cierto que comprendiendo el poder de los libelos la regencia y el Parlamento, á quienes correspondía su inspección, los reprimieron con crueldad. El príncipe de Conti, hermano del gran Condé, «cero que tenía valor únicamente por ser príncipe de la sangre,» y la duquesa de Longueville su hermana, aconsejada por su amante. La Rochefoucauld, se erigieron en jefes aparentes de la Fronda; sobre sus rodillas se decidieron las batallas de la misma manera que poco después la señorita de Montpensier condujo un ejército con dos mariscales de campo. Cada acontecimiento de aquella parodia de Liga, está señalado con una agudeza. El duque de Beaufort, ídolo de la plebe, era llamado *rey de las plazas*; y porque Retz era arzobispo titular de Corinto, el que él mandaba tomó el nombre de *regimiento de Corinto*, y la primera derrota que sufrió, *Prima ad Corinthios*. Cuando se confirieron al duque de Orleans todos los poderes del rey, dijo Catinat: «No se olvidé el de curar las escrófulas.» Cuando la Montpensier mandó disparar el cañon contra los realistas, Mazarino exclamó: «Ha matado á su propio marido,» queriendo significar con esto que el rey no se casaría con ella, según creía, pues aspiraba hasta á la mano de Luis XIV.

Aquel prurito de hacer epigramas y de marcar cada suceso con una agudeza, los desfiguró acaso, y contribuyó á que la Fronda apareciese ménos grave de lo que era en realidad. Por lo demás, lo absurdo de un derecho público que confiaba aquel reino á una mujer austriaca y á un clérigo italiano justificaba la oposición; además de esto, en un París que tenía trescientos cincuenta mil habitantes, divididos en barrios con jefes, guardias, tesoro, y en gremios con una organización bien entendida, con sus síndicos, bandera y santo propio, bajo la dirección del preboste de los comerciantes y de los regidores, en breve se convertía en séria una idea que penetraba en el pueblo bajo. Pero faltaba la unidad en aquella conmoción, y hay que añadir á esto, que son los franceses demasiado alegres y ligeros para hacer una revolución como los ingleses. El